

SAMPLE  
TRANSLATION

JANA BAUER

LA HADITA MALIGNA EN  
EL BOSQUE MALO

PUBLISHED BY: KUD SODOBNOST INTERNATIONAL, 2011

TRANSLATED BY: BARBARA PREGELJ

ORIGINAL TITLE: GROZNOVILCA V HUDI HOSTI

NUMBER OF PAGES: 101

## Jana Bauer: La Hadita Maligna En El Bosque Malo

### La hadita maligna llega al Bosque Malo

Aquel nublado sábado volaba hacia el Bosque Malo algo extraño. Algo realmente extraño.

«Una bomba», logró suspirar la ardilla cuando miró al cielo. «La está llevando hacia nosotros.» Salí disparada directa hacia la casa del búho. «¡Una bomba!» gritaba alterada.

«¿Cómo?» preguntó el oso que justo se encontraba en la casa del búho, sorbiendo té.

«Una bomba», la ardilla, completamente fuera de sí apuntó con su pequeña uña hacia el cielo. «¡Este es el fin! Adiós, Bosque Malo.»

El búho, asombrado, miro hacia arriba: «Pero, ¿qué podría ser esto?»

«No es un pájaro», razonaba el oso mirando al cielo. «Tampoco una rana, un ratón o un topo.»

«¡Qué extraño!», asentía el búho.

«¡Pero si os estoy diciendo que es una bomba!» chilló la ardilla. «Y hoy en día, estas tienen costumbres muy estúpidas. ¡T-e-r-e-v-i-e-n-t-a-n!» La ardilla se alejó corriendo.

«A mí, más bien me parece una pera», seguía opinando el oso. «Una pera llevando un erizo.»

«Aunque», dijo el búho disconforme, «no puede ser que las peras sean de tantos colores y los erizos tan... tan...»

«¿Parecidos a las teteras?» le ayudó el oso.

«Es un globo», exclamaron cuando el objeto volante se acercó más. «Un globo pequeño y remendado que en lugar del cesto lleva una pequeña tetera.»

El globo empezó a aterrizar. La tetera chocó contra el suelo del bosque. ¡PLAF! El viento sur lo arrastraba sobre las raíces que estaban saliendo de la tierra. ¡TRAS! ¡TRAS! ¡TRAS! Le estaba golpeando bien fuerte. Dentro de la tetera empezaron a oírse unas palabrotas. El oso y el búho pudieron escuchar claramente una pequeña voz enfadada: «Au, ¡esto duele! Maldito viento del sur. Párame de una vez.»

El globo se enredó en las moras espinosas y la tetera se paró. Su tapa se abrió ruidosamente. Empezó a salir un ser menudo. Fruncido. Enfurecido. Con un vestido de verano y un gorro del que salían una especie de dos horcaduras. «¡No eres sino una maldad hinchada!», y la pequeña apretó el puño y dirigió sus amenazas hacia las copas de los árboles donde se columpiaba el viento. «Menos mal que era yo la que estaba en la tetera y no mi bisabuela, ¿sabes? Apuesto que a ella jamás le hubieras golpeado tan fuerte. ¡Eres un atrevido! Porque ella te hubiera cogido por la cola y te hubiera desatado todos los nudos.»

La pequeña se arregló el vestidito y se tocó las horcaduras en la cabeza. Se acordó de la bisabuela y de sus tazas de porcelana con los bordes tan finos como el papel, que llevaban en el fondo la imagen de la reina.

«Porque esto fue lo que hizo con el viento del norte. ¡Para que te enteres! Y solo por haberle soplado un poco de tabaco de su pipa. ¿Has oído? U-n-p-o-c-o-d-e-t-a-b-a-c-o.»

El búho y el oso observaban al ser enfurecido en silencio.

«Es una de las haditas malignas», observó el búho después de un rato. «No me acuerdo muy bien, pero se meten con los vientos por algo.»

La pequeña sacó de la tetera un hato con trastos de distintos colores, extrajo una moneda de oro, buscó el helecho más cercano y empezó a cavar debajo del mismo.

«Pero, ¿qué hace?» preguntó el oso.

«Está enterrando una moneda de oro», explicó el buho. «Las hadita malignas tienen la costumbre de enterrarlas constantemente por el bosque.»

«¿Vamos a saludarla?» quería saber el oso.

«No va a quedarse», ululó el búho y voló hacia el cielo. «Es que las haditas malignas no pueden aguantar mucho tiempo sin sus tías, primas, hermanas y bisabuelas.»

El oso se encogió de hombros y se echó a andar.

La hadita maligna tardó en tranquilizarse. Le estaba amenazando al viento, escupía con enfado al suelo y dio dos patadas a la tetera. Pudo pararse tan sólo al ver en el haya una guarida vacía. Cogió su pesado hato y subió por el tronco. «Esto lo arreglaré a mi manera», se dijo a sí misma. Dejó el hato sobre una rama y entró.

«Aquí no hay lugar para todos», dijo resuelta a las avellanas que empezó a tirar fuera una por una. Contenta se fue a por sus cosas. Pero vino el viento del sur por detrás del tronco y tiró su hato abajo, hacia las raíces. El nudo se desató y los trastos se esparcieron por todo el bosque. El botón azul vino a parar debajo del roble y los espejos pequeños debajo del abeto.

«¡Vieeeeentooo!» lanzó la hadita maligna un grito. Estaba tan furiosa como un trueno, crujía los nudillos, rechinaba los dientes y mientras tanto, chillaba y vociferaba a voz en cuello. Pasó andando por allí un erizo.

«¿Pero quién hace este tremendo ruido?», refunfuñaba ya de antemano de mal humor.

«Oiga», exclamó al observar la tetera vertida. «¿Hay alguien aquí?» Acto seguido de percibir al erizo, la hadita maligna ya estaba a su lado.

«Hoy todavía no me he peinado», dijo, agarró al erizo y se erizó el pelo con él.

Al principio el erizo estaba callado, pero luego empezó a enfadarse. «Oye, ¿un poco de cortesía no te vendría mal, eh?» le echó en cara. «Soy un erizo, no un cepillo para tus alambres.»

Contenta la hadita maligna se estaba observando en los pequeños espejos. ¡Ahora sí que su pelo le estaba quedando bien!

«Y por favor y gracias,» seguía gruñendo el erizo. «Tu mamá podría haberte enseñado estas palabras, ¿no crees?»

«Mi bisabuela», respondió la pequeña, «tiene en su cajón diecisiete erizos vivos. Uno para cada día del mes. ¿Sabes qué ninguno de ellos jamás se lo ha agradecido? Es que son muy mal educados. Quizá porque sólo les alimenta con ciruelas secas. He escuchado decir que las ciruelas secas provocaban descortesía.»

El erizo estaba pensando si el mes tenía exactamente dieciséis días, pero no logró aclararse la cuestión a fondo.

«Pero yo no soy así, apenas como ciruelas secas», continuaba explicando la hadita maligna.

«Gracias porque podré peinar-me todas las noches contigo. Ven al anocheecer a mi guarida. Y no llegues tarde.»

El erizo se quedó sin palabras. ¡Habrase visto que alguien le tratara de esta manera a un erizo adulto! Nada parecido ni mucho menos le había pasado jamás en el Bosque Malo. No sabía si pincharle a la hadita maligna, o mejor ir a chivarse al búho. Desapareció furioso.

La hadita maligna se fue a indagar a la parte más profunda del bosque, dejando por el suelo sus cosas. «Así van a aprender», pensaba. El bosque era bello y silencioso. En el camino se topó con notorios charcos. «Voy a probarlas cuando salga la luna», se dijo. Volvió a su haya. A su alrededor hizo una escalera de ramas secas. Plantó algunas calabazas silvestres y unas matamoscas de decoración. Colgó un columpio. Le costó mucho sacar de la tetera el sillón que había robado a su bisabuela y se hundió en él, cansada. Cogió el lápiz, dispuesta a escribir en el diario:

Querido diario, por fin he encontrado una nueva casa. Aquí hay erizos gruñones y notables charcos.

¡Pero el diario no estaba! Buscó en la guarida, buscó por todo el alrededor. No estaba. Volvió a protestar, a enfurecerse, a enfadarse y a vociferar. Crujía los nudillos y rechinaba los dientes.

Primero se vino volando el búho.

«¿Por qué gritas?» le preguntó.

«Alguien me ha robado el diario!» gritaba la hadita maligna.

«Esto no puede ser», se opuso la salamandra que se encontraba cerca.

«Imposible», opinó la lombriz que justo estaba pasando por allí.

«En el Bosque Malo no robamos», explicó el oso que apareció tambaleándose por detrás del abeto.

«Pues me lo han robado», afirmaba la hadita maligna. «He examinado cada centímetro. En vano. He mirado bajo todos los pinos. Y no está. ¿Luego?»

El búho estaba pensando.

«Hace poco vino el erizo a quejarse de ti», dijo. «Decía que no sabías comportarte».

«¿Qué estúpidos son los erizos», protestaba la hadita maligna, «tan sólo me peiné con él, y él va y monta una.»

«Decía que ni siquiera le habías preguntado si podía hacerlo», continuaba el búho.

«¿Ves lo raro que es?»

El búho suspiró. «Esta pequeña traerá problemas», se le pasó por la cabeza. El oso propuso llamar a la puerta del erizo y todos estuvieron de acuerdo.

El erizo les abrió hecho una furia: «¿Qué pasa?»

«¿No habrás visto acaso el diario de la hadita maligna?» preguntó el búho.

«Lo vi, me lo llevé y lo leí», respondió el erizo.

«¿¡Qué!?» dio un respingo la hadita maligna. «¿Has leído mi diario? Pero no te lo he permitido.»

«¿Ah, sí? ¿Y yo acaso te rogaba que tuvieras la bondad de peinarte conmigo?» respondió el erizo enfadado.

El búho propuso que el erizo le devolviera el diario a la hadita maligna.

«Pero si contiene todos mis secretos», respondió indignada.

«Estas cosas nunca son agradables», asintió, comprensivo, el oso.

La hadita maligna se fue y el erizo suspiró al oído del lirón: «Sólo he comprobado si es peligrosa.»

«¿Y?», el lirón aguzó el oído.

«Fíjate,» dijo el erizo pensativo. «Su bisabuela puede escupir con tanta fuerza como para derribar del árbol incluso una pera verde.»

## La hadita maligna y la arena milagrosa

Aquella noche del sábado los animales ya dormían a pierna suelta en sus agujeros y madrigueras. Tan sólo a la salamandra le remordía la conciencia porque un día antes había reñido con el caracol. El viento de sur ahuyentó las nubes y la luz de la luna se abrió camino entre los grandiosos robles. La hadita maligna se despertó, saltó de su cama, se puso sus bonitas botas y se fue a saltar por los charcos.

«¡Menudos charcos!» decía con entusiasmo. Continuó con su baile mojado hasta la madrugada. Apenas al romper el alba que había teñido el cielo de domingo, la hadita maligna volvió cansada a su guarida. A medio camino vio un cartel al lado del pozo:

¡ARENA MILAGROSA, ES MEJOR QUE TE ALEJES!

En seguida se metió en el pozo. La arena era negra y estaba mojada. Apeataba a escarabajo de la patata. La hadita maligna metió un buen puñado de la arena en su monedero y volvió a casa.

Delante de su guarida estaban conversando el erizo, el lirón y la ardilla. La llevaban esperando desde mañana muy temprano. El erizo no había podido superar el insulto de haberlo utilizado por un cepillo regular. Había traído consigo también al lirón. Pensaba que los dos juntos podrían forzarla a pedir perdón. La ardilla había venido porque la guarida que se había arreglado la hadita maligna, en realidad le pertenecía a ella. Era cierto que no vivía en ella, ¿y qué?

«No vas a obtenerla sin nada», estaba dispuesta a pelear. «Es que no se puede irrumpir en la propiedad ajena sin contrato de arrendamiento ni sin pagar nada.»

«Efectivamente», estaba de acuerdo el erizo. El lirón empezó a bostezar.

«De acuerdo,» asintió la hadita maligna. Abrió el monedero y le echó a la ardilla en la patita extendida una pizca de arena negra. «Espolvorea con esto las avellanas y se te multiplicarán.»

La ardilla apretó contenta el puñado de arena y volvió saltando a casa.

«Y yo, ¿qué?». También el erizo extendió su patita pensando en una pera gorda. «El cepillado no es gratuito, ¿sabes?»

La hadita maligna le echó también a él la arena negra. Sin comprobar lo que le había dado o al menos olfatearla, también él se fue corriendo a casa.

«Yo también quiero», la pedía el lirón. Estaba pensando untar su piel con el polvo mágico. Para que se multiplicara. Para que estuviera bien tupida.

«Pero si a ti no te debo nada», se defendía la hadita maligna.

«Sí que me debes», insistía el lirón, »fíjate qué temprano tuve que levantarme. Y encima, tuve que soportar al erizo que estuvo gruñendo constantemente.»

«Vale», se encogió de hombros la hadita maligna, le echó la arena y se encerró en su guarida. Cuando el lirón se frotaba con la arena negra, no tenía ni idea de lo que le estaba esperando a su piel.

Por la mañana el oso jadeante llamó a la puerta del búho: «Compadre, ayúdame, el lirón se ha vuelto loco.»

Desde detrás del árbol vino andando torpemente el lirón. Llevaba en mano un rama seca pensando que era una escopeta. Se puso sobre las orejas una camiseta verde. Andaba sobre los pies traseros, convencido de que era un cazador. Cavaba trampas y ponía lazos.

«Pero este ha enloquecido», el búho asentía al oso. Lo vieron como se metía con la zorra. Si no fuera por el oso, podría incluso haberla hecho daño.

«Había que encerrarle», dijo el búho.

Apenas le metieron en una topera abandonada, empezaron a escucharse gritos por el bosque.

«¡La ardilla!!»

«¡Pobre de mí, pobre de mí!» gritaba. «El fin del mundo está cerca. Mis avellanas se han vuelto locas. ¡Quieren devorarme!»

Era cierto. Toda una tropa de avellanas saltaba detrás de la ardilla. Ni el oso ni mucho menos el búho lograron explicarse cómo aquello era posible. Pero la ardilla precisaba de su ayuda.

«Las trampas», se le ocurrió al búho.

Lograron salvar a la ardilla de sus propias avellanas con las trampas que había cavado el lirón. Todas se cayeron dentro de ellas, ya no quedaba ninguna. La ardilla jadeaba, conmovida.

El búho y el oso apenas lograron tranquilizarla, cuando todo volvió a empezar. Esta vez con el erizo. Este estaba llorando en su agujero y se oponía a salir.

«Oye, erizo, no seas tan cobarde», procuraba animarle el oso. «Sal fuera.»

Pero el erizo se oponía y volvía a oponerse. Por fin cedió un poco, solo para que pudieran abrir una ventana.

El oso y el búho tuvieron que contener el aliento. Todas sus púas estaban convertidas en margaritas.

«Nunca jamás», se quejaba asustado, «podré llevarme una pera a casa. Me voy a morir de hambre. Y antes, de vergüenza.»

¡Qué extravagante, pensó el búho cuando el erizo seguía: «¡Y de todo esto la culpa la tiene la hadita maligna! Me dio un polvo mágico diciendo que la pera iba a multiplicarse si lo espolvoreaba con él. La espolvoreé, me la puse a la espalda y volví corriendo a casa. Y luego pasó esto.»

«¿Un polvo mágico?» empezó a verlo claro el búho. «¿Era de color negro?»

«Sí», asentía el erizo.

«¿Apestaba y era húmedo?»

«Efectivamente», confirmó el erizo.

«¿Se lo dio también el lirón y la ardilla?» El erizo asintió.

«La arena mágica», dijeron a la vez el oso y el búho. «¡Acompáñanos, erizo!»

«¿Qué, con esta pinta?», se estremeció el erizo. «¡Nunca jamás!»

«Pero, ¿para qué querías más peras?» se enfadó el búho. «¿Una no era suficiente?» El erizo se calló y se unió a la expedición.

El búho llamó con su pico a la ventana de la guarida de hadita maligna. La hadita maligna ni se inmutó. Pero el búho estuvo llamando tanto tiempo que la hadita maligna se levantó de la cama y abrió la puerta.

«Escucha», empezó el búho, «lo que has hecho al lirón, a la ardilla y al erizo no tiene nombre. Tendrás que empezar a tener algunos modales.»

«No, gracias», bostezaba la hadita maligna. «Prefiero la gelatina de moras.»

«En nuestro bosque nos ayudamos entre sí», intentaba convencerla el oso.

«Si os ayudáis o no, es asunto vuestro», respondió la hadita maligna, «y si no tenéis gelatina de moras, pienso volver a la cama.» Cerró la ventada y echó el cerrojo a la puerta.

«¿Qué he dicho?» refunfuñó el erizo. «Una absoluta falta de modales.»

«Un momento», dijo el búho quien divisó en la rama las botas de hadita maligna. Se fue volando.

Dentro de poco volvió. Llevaba en el pico la húmeda arena negra. Echó un poco de ella en las dos botas.

El oso suspiró: «No estoy convencido de que este sea el modo apropiado, compadre.»

«Estoy harto de convencer y suplicar», respondió el búho.

Cuando aquella noche salió la luz de la luna a través de los antiguos robles, en el Bosque

Malo volvieron a escucharse gritos.

Era la hadita maligna. Quería ponerse a saltar descalza por los charcos a la luz de la luna, pero no pudo quitarse las botas. No podía y no podía quitárselas. Desde detrás del roble grueso el oso se dirigió hacia ella.

Le acompañaban el búho, el erizo, la ardilla y todos los demás.

«Por favor, ayudadme», suplicaba la hadita maligna.

El oso se encogió de hombros. «Pero si querías que te dejáramos en paz.»

«Es cierto», respondió la hadita maligna. «Pero tú has dicho que en vuestro bosque os ayudáis.»

El búho y el oso intercambiaron las miradas. El lirón, contento de ser de nuevo lirón, asintió. La ardilla, que no le deseaba a nadie pasar por las atrocidades que ella misma había vivido, también asintió. Tan sólo el erizo, todavía con la mitad de las púas, y la otra mitad de flores, miraba sombrío al suelo.

«Es solo arena milagrosa», explicó el búho. «Dentro de unas horas el echizo perderá su poder.»

«Esto es desagradable», añadió el oso, «pero hasta entonces no podrás quitarte las botas.» La hadita maligna miró con ganas el charco de lodo y volvió triste a casa.

El oso suspiró afligido.

El erizo suspiró al lirón: «Sabes, lirón, en su diario leí que está aquí porque su bisabuela la había expulsado.»

«Eso no estuvo bien,» dijo bostezando el lirón.

El erizo le miró severamente: «Querido lirón, deberías preguntarte por qué lo hizo. Y cómo nosotros vamos a librarnos de ella.»

Y luego el erizo con nariz de ofendido se fue con sus pasos pequeños a casa.

## El Erizado Enfurruñado

«He venido a tomar un té», llamó el erizo el miércoles a las tres a la puerta del búho.

«Ah, sí», asintió el búho y puso a calentar el agua.

«Búho», empezó el erizo, «¿te has dado cuenta de que el Bosque Malo ya no es como solía ser?»

«¿Ah, sí?» se asombró al búho.

«Es cada vez más como jamás ha sido y cada vez menos como solía ser», empezó a divagar el erizo. «Y quizá nunca, nunca jamás será como solía ser. Es terrible que sea como es, pero eso es lo que hay.»

«A ver, dilo ya», de repente perdió la paciencia el búho.

«Hadita maligna», respiró por fin el erizo, «tendría que irse.»

«¿Por qué?» se asombró el búho.

«Alborota, perturba, vocifera, ejerce una mala influencia en los jóvenes y dice palabrotas», disparó el erizo.

«Querido erizo», dijo amablemente el búho. «La hadita maligna es una cría pequeña, traviesa y asustada. ¿A dónde quieres que la mandemos? ¿A casa? Deberías escuchar las palabrotas que dice su bisabuela. No, erizo, la hadita maligna se queda. Vamos intentar quererla. Alguna patita calurosa y un par de palabras amables no le vendrían mal.»

«Pero...»

«¿Puedo contar contigo?»

«Pero no puedo si no...»

«Erizo,» dijo severamente el búho.

«Ufff,» suspiró el erizo, apuró el té de manzanilla y se fue.

Lleno de pensamientos negros se fue hasta la casa del lirón. Llamó a la puerta. ¡Qué curioso, el lirón no dormía! Estaba listo para salir.

«Lirón», dijo jadeante el erizo, un poco por la prisa y mucho más por la ira. «Tenemos que deshacernos de la hadita maligna. Pero no se lo digas a nadie. Nosotros nos ocuparemos de esto.»

«Pero qué cosas dices», intentaba tranquilizarle el lirón. «¿Y por qué?»

«¡Está como una cencerro!» perdió el erizo los nervios. «Loquísima, sin más. La arena negra y cosas por el estilo. Y aquellos erizos en la casa de su bisabuela. No me digas que no es cosa de locos.»

«Solo es un poco traviesa», respondió el lirón.

«¿Traviesa?! Ejerce una mala influencia en los jóvenes», seguía el erizo montando el número. «El otro día, cuando pasaba al lado del lodazal, escuché la cantidad de palabrotas que pronunciaban los pequeños renacuajos. ¿Quién sabe adónde vamos a llegar?»

«Pero la vieja rana también dice muchas palabrotas. Y su mujer rana, ni te digo. Y sabes de sobra, erizo», le estaba tomando el pelo el lirón, «que ya habían empezado a decir palabrotas el mes pasado cuando no sabíamos ni de la existencia de la hadita maligna.»

De furia el erizo empezó a notar hipo.

«Te arrepentirás, hic, hic, ya verás, hic, hic,» le dijo enfadado y se fue hacia su casa. Ante las puertas de su casa se topó con la ardilla que tenía prisa.



«Ardilla, hic,» empezó astuto el erizo, «¿sabes, hic, que la hadita maligna hic tiró todas tus hic avellanas de su hic guarida? Hic, hic. Seguro que las hic tenías guardadas hic para el invierno hic.»

«No me digas», chilló la ardilla. «¿Se me habían olvidado por completo! ¿Cuántas? ¿Veinte?

¿Veintitrés? ¿Cuántas eran, erizo? ¡Dímelo! Pobre de mí, si fueron muchas, podría ser que durante el invierno vaya a pasar mucha hambre.»

«Seguro, hic», la halagaba el erizo hipócrita, «por eso mismo digo yo que habrá que hacer algo.»

«Si, tienes razón, erizo», asintió rápidamente la ardilla, «habrá que hacer algo, ¡si señor! Pero ahora no puedo. El lirón y la ardilla estamos invitados a la casa de la hadita malvada a tomar té.» Y se fue corriendo. La noticia alteró tanto al erizo que se le quitó el hipo enseguida. Enfadado dio un portazo al entrar a su casa y se metió entre las hojas de su vacilante cama. Allí estuvo malhumorado y pensativo toda la larga noche. Justo antes de romper el alba se le ocurrió algo.

«Me voy a librar de ella», se dijo mientras buscaba en el armario, «simplemente me voy a librar de esta pequeña tremenda. Yo mismo. Y si esto no me sale bien...» decía para su barbilla. «No, no, todo saldrá bien», estaba convencido mientras se ponía un viejo calcetín de lana sobre la cabeza. Lo había heredado de su abuelo materno y lo quería mucho. Aun así hizo en él dos agujeros para los ojos. «¿Qué más podría ponerme, qué más?» se preguntaba mientras buscaba por el armario. Encontró una manta azul estrafalaria y dos ollas viejas. En estas metió sus patitas.

«Yo soy el terrible Erizado Enfurruñado», repetía con la voz profunda mientras se acercaba por el moral hacia la guarida de la hadita maligna. Decidió añadir cada dos por tres la palabra furioso. Para sonar realmente espantoso. Con todos estos trastos y ollas en las patas le costó llegar hasta el haya. Allí empezó a hacer ruido y continuó así hasta que la hadita maligna abrió la puerta.

«¿Quién hace este ruido?»

«¡Yo! El terrible Erizado Enfurruñado y furioso», tronó el erizo. «Y el furioso vine a comerte!»

«Terrible Erizado, no me comas», chilló la hadita maligna. «Poderoso Erizado, permíteme despedirme de mis amigos.»

El erizo respondió: «Qué despedidas ni nada, pero como furioso tengo buen corazón, aunque furiosamente enfadado, furioso te permito abandonar en seguida el Bosque Malo.»

«Erizado Enfurruñado de corazón bueno y furioso», exclamó la hadita maligna, «solo permíteme coger mi hato antes de salir. Gracias.»

Y se fue. El erizo se imaginaba como estaría temblando. Se fue a casa y por primera vez en mucho tiempo exclamó de alegría: «¡Qué día más maravilloso!»

Cuando llegó a casa se metió en cama. Estaba cansado, pero feliz. Justo en el momento cuando se proponía cerrar los ojos, empezó a sentir algo raro. Como si alguien le observara. Miró hacia el fogón. Era cierto. Alguien estaba allí. Estaba quieto, mirándole.

«¿Lirón, eres tú?» preguntó vacilante.

«No, yo soy Malintencionada Malhada», respondió una voz terrible.

«¿Piensas comerme?» temblaba la voz del erizo.

«No sé, si no me apetercerás terriblemente,» respondió la Malhada.

«S-se-gu-ro q-que-que n-no t-t-e g-gus-ta-ré», tartamudeaba el erizo. «E-es q-que t-ten-go l-l-as p-púas y t-t-e-rri-ble-men-te p-pue-do ca-can-tar-te a-tra-gan-tar-te.»

«Me encantan las púas», respondió el fantasma. «Pero antes de comerte, dime, ¿soy más terrible que el Erizado Eenfurrñado?»

«Mil veces más terrible», admitió sinceramente el erizo.

«¡Yu-juju!» chilló el fantasma y de la Malintencionada Malhada salió la hadita maligna. La manta en la que estaba envuelta quedó en el suelo de la cocina del erizo.

«He ganado, he ganado», la hadita maligna bailaba alrededor de la cama del erizo. «Tenías tanto miedo que temblabas como una varita.»

«No, que no he temblado», se oponía el erizo.

«Querido erizo», seguía bailando la hadita maligna, «¡has pasado mucho miedo! Admítelo. Faltaba poco para que empezaras a chillar de puro terror. Igual que mi prima cuando la abuela le agarró la lengua.»

«¿Le agarró la lengua?» preguntó horrorizado el erizo. «Sí, y luego la prima empezó a chillar como enloquecida,» continuó la hadita maligna. «Pero puedo entenderla. El zapato derecho del que la bisabuela le agarró la lengua, lo acababa de estrenar. Y sin lengua totalmente inútil. La bisabuela puede ser mala, sobre todo los jueves. Si hubiera sido viernes, se la hubiera metido en el zapato izquierdo. Porque era viejo y estaba gastado. Los viernes es mucho más amable.»

La hadita maligna empezó a bostezar.

«Y perdona por haberte asustado tanto», le dijo al erizo, cogió su manta y se fue.

«Pero si te digo que no me he asustado», respondió bruscamente el erizo.

## El Rompus buu

Al menos el lirón tiene que entrar en razón, decidió el erizo el jueves por la tarde. El lirón dormitaba. «Levántate, habrá que prepararse para la lucha», le gritó el erizo al oído. «El turón, el ánade silvestre y el topo actúan como si esto no les concerniera en absoluto.»

«¿Qué les concierne?» bostezó el lirón, parpadeándole al erizo.

«La hadita maligna», desvariaba el erizo. «Lleva tres días recogiendo fresas y arraclanes.»

«Quizá está preparando mermelada», se encogió de hombros el lirón y se estiró.

«Ves, fue precisamente esto lo que dijo el topo», se enfureció el erizo, «pero al topo le importa poco lo que nos puede pasar a nosotros. Él se meterá bajo la tierra y nosotros, ¿qué?»

«No entiendo sobre que estás protestando», dijo el lirón tranquilo.

«Claro que no», seguía protestando el erizo, «porque en este bosque a nadie le importa nada. Lo único que os importa son vuestros pequeños culos. Pero si te lo estoy diciendo, querido lirón, lleva toda la semana recogiendo espinos y menta de gato. Y no pienses que los recoge tan sólo para ponerlos en un florero.»

«Qué pesado eres», suspiró el lirón y siguió al erizo en espera de poder descansar luego en paz.

En el camino se toparon con la ardilla.

«Querida ardilla», anunció superiormente el erizo, «si no hacemos algo, estamos acabados.»

«Lo sabía», dijo la ardilla con un nudo en la garganta. «Tengo esa sensación. No sé explicarlo. Todo ha empezado en medio de la noche. Nada bueno. Y ahora esto.»

«Chsss», se agachó el erizo al lado del abeto en frente de la guarida de hadita maligna. Había preparado un pequeño biombo de piñas para que la hadita maligna no le notara. Por los corazones de peras que yacían alrededor, el lirón dedujo que el erizo llevaba tiempo espiando a la hadita maligna.

La hadita maligna discutía con las flores del diente de león y reñía a las espinas de frambuesa. «¿Acaso no sabéis que picar y arañar no es nada agradable? Tan sólo pensad en lo que os diría el búho.» Suspiró: «Me importa un bledo ser amable, diga el búho lo que diga.» Se sentó cansada en el columpio, balanceaba las piernas, pensaba en las tazas de porcelana de su abuela y tarareaba: «Mañana tra-la-la, mañana chim-pum-pum, mañana mi rompus buuu ya estará aquí.»

«¿La habéis oído?» silbaba el erizo. «Va a llegar el Rombus Buu.»

«Madre mía», empezó a temblar la ardilla. «¿Quién es el que viene?»

«Tiene que ser bastante robusto», respondió el erizo, «yo diría que lleva consigo un garrote y trampas para los animales.»

«Exageras», intentaba tranquilizarle el lirón.

La hadita maligna mientras tanto había traído tozos de musgo. «Espero que vengan todo los animales», estaba hablando consigo misma. «¿Y si no vienen? Este sería un rompus buu terrible. Tengo que esforzarme mucho para inducirles a que caigan en la trampa.»

«Una trampa», seguía temblando la ardilla. «Rompus Buu nos comerá a todos. Nos masticará. Nos tragará. Y al final incluso nos digerirá.»

Por la noche el erizo convocó una reunión.

«Erizo», lo resumió todo el caracol, «todos sabemos que la hadita maligna puede ser insoportable. Pero estas acusaciones son un poco exageradas.»

Entonces desde detrás del árbol vino saltando la hadita maligna. En un plisplás les entregó a los animales un montón de cartas moradas. De paso arrancó unas cuantas raíces de altabaca y desapareció.

La reunión se interrumpió. Los animales empezaron a abrir cada uno su carta.

Querido lirón, querida ardilla, estimado caracol, ponía en los sobres.

«Mañana sucederá. He preparado los espinos y el arraclán. Se servirá agua de melisa y lecho de menta. Ven en cuanto despiertes,» leyó el lirón en voz alta. Mi mensaje es igual, dijo el caracol. Y el del turón y el del arrendajo y el de todos los demás era exactamente igual.

«Desde luego que no pienso beber ningún bebedizo de altabaca», dijo el erizo con ironía.

«Ni pensarlo. Una vez allí, el Rumpus Buu va a terminar con nosotros. La hadita maligna traerá a sus hermanas y primas y las tías por los lados materno y paterno. Y ellos se trasladarán a vivir a nuestras madrigueras. ¡Se comerán nuestras avellanas! ¡Y castaños! ¡Y frambuesas y fresas!»

El grupo de animales empezó a murmurar vacilante.

«Ha sido imposible encontrar al búho y al oso», dijo acusador el erizo. «El pájaro carpintero examinó todo el bosque. Es probable que ya hayan estirado la pata.»

El pájaro carpintero tuvo que asentir.

«El único remedio que nos queda», continuó el erizo y subió a un tocón para que también los animales que quedaban por detrás pudieran escucharle, «es la expulsión de la hadita maligna de nuestro bosque.»

El lirón propuso que primero todos deberían dormir bien. Muy temprano, antes de que llegara Rumpus Buu, podrían irse a la casa de la hadita maligna. Todos estaban de acuerdo, excepto el erizo. La noche estaba inquieta. Llena de sueños amenazantes.

«La hadita maligna», gritó al amanecer el erizo. Delante de la guarida de la hadita maligna se amontonaban los animales medio enfadados, medio asustados.

El erizo buscaba con la vista algún tocón. No lo encontró, por eso se subió a una de las calabazas silvestres.

«Así son las cosas», empezó a hablar, interrumpido por la tos. Al fin y al cabo, echar a la hadita maligna del bosque no era nada agradable y el erizo no era del todo insensible.

«Así son las cosas», volvió a empezar.

La hadita maligna estiró su cabeza despeinada de la guarida.

«Enhorabuena por tu rompús buu», gritaron el búho y el oso que se estaban acercando con un gran regalo.

«¿Qué?» escupió el erizo.

«¿Cómo?» quedaron atónitos los animales.

«Hoy es el rompús buu de la hadita maligna», explicó el oso.

La hadita maligna se fue corriendo hacia el regalo y empezó a romper el papel amarillo en el que estaba envuelto.

«¿Quieres decir que es una especie de cumpleaños?» intentaba saciar su curiosidad el lirón.

«El día en que las pequeñas hadita malignas entierran su primera moneda de oro», asintió el búho. « lo celebran a partir de este día cada septuagésima séptima semana.»

«Y reciben regalos», frunció las cejas el oso al ver que los animales venían con las manos vacías. «Erizo, ¿acaso no has leído el mensaje?»

«Lo clavamos a la puerta de tu guarida», añadió el búho.

«En este mensaje te lo explicamos todo», negaba con la cabeza el oso al ver que el erizo miraba cada vez con más disimulo.

«Te pedimos que se lo dijeras a los demás», lo miró severamente el búho.

«Bueno, quizá no me encontraba en mi casa», murmuró el erizo sonrojado.

«Unas zapatillas de lana», se puso contenta la hadita maligna al abrir la la caja.

«Nos las dio la oveja», dijo el oso con orgullo.

«En realidad las hemos cambiado por el mal humor del erizo», añadió el búho serio.

«¿Qué?» escupió el erizo. Todos se echaron a reír.

«¿No habrá tarta?» preguntó el jabalí.

«No,» dijo la hadita maligna. «Rompus buu no se celebra con una tarta sino con una competición de narración de cuentos horribles.»

Empezó el búho.

«En plena noche he tenido el presentimiento de que iba a pasar algo malo», chilló la ardilla,

«esto la ardilla ya no lo puede soportar.» Y se fue corriendo a su casa. La competición seguía y uno tras otro, erizados por el horror, se fugaron disimuladamente. También los conejos, tanto los jóvenes como los viejos, lo mismo que el turón y el caracol.

Horrorizado se marchó también la salamandra. «Cuentos de horror, ya os digo», murmuraba, indignado por el mal gusto que se había extendido por el Bosque Malo. Él era una de aquellas salamandras sabias que preferían la poesía.

Pronto hasta a los más intrépidos empezó a faltarles el coraje. Quedaron nada más que el erizo, el lirón y la hadita maligna. Bueno, y luego la hadita maligna contó un cuento tan horroroso que ni el lirón ni el erizo pudieron aguantar más.

«Que rompus buu tan precioso», suspiró la hadita maligna al quedarse sola. «Nos lo hemos pasado pipa y jamás había ganado la competición de cuentos horrorosos. Siempre ganaba la bisabuela. Era imposible vencerla.»

Solo con recordar sus cuentos se le ponía la piel de gallina. Se escondió en la cama y se tapó hasta la nariz con la manta.